

# El padre Félix Restrepo, S. J.

Escribe: RUPERTO MOLINA GRACIA

Ha muerto uno de los hombres más importantes de nuestro tiempo; una de las personalidades más extraordinarias de este siglo: el jesuita Félix Restrepo.

Cualquiera pensaría que la figura de este sacerdote, estudioso y trabajador, no tiene otro interés que el que ofrezcan sus estudios y trabajos. Pero no hay tal: seguir el curso de su vida es sumergirse en una maravillosa aventura, tan apasionante como la del más brillante de los políticos, de los guerreros o de los estadistas.

Porque el padre Félix Restrepo aunó en su vida, dos características aparentemente contrapuestas: el pensamiento y la acción; fue un científico, un humanista de laboratorio de ideas y a la vez un realizador formidable, un verdadero hombre de empresa. Incansable, atrevido y temerario como el que más.

Sus más grandes proyecciones están ahí perceptibles a los sentidos y a la inteligencia. Todo lo que sus manos tocaban era duradero y trascendente. Para no ir más lejos tenemos la Universidad Javeriana, en cuya reconstrucción fuera él alma y vida; el hospital de San Ignacio, recientemente dotado con nuevos servicios; la *Revista Javeriana*, importante órgano de divulgación del pensamiento científico e intelectual católico; el Instituto Rufino Cuervo, hoy Caro y Cuervo; el hermosísimo edificio de la Academia Colombiana de la Lengua, quizás el más moderno y suntuoso de las academias hispanas del idioma en América, y por si algo faltara, sus numerosísimos libros, prólogos, ensayos, estudios, opúsculos, artículos de prensa, en los más variados campos del saber.

En el terreno de lo humanístico fue fiel a su ascendencia. Digno sucesor de Antonio Gómez Restrepo, de Juan de Dios Restrepo; mereció suceder a Marco Fidel Suárez y a Rufino J. Cuervo en el sacerdocio que rinde culto al idioma, la dirección de la Academia Colombiana de la Lengua.

\* \* \*

Veamos a grandes rasgos el curso de su vida fructífera y creadora: Nace en Medellín en el año 1887; allí inicia los primeros estudios y a temprana edad es traído a la capital. Sobre esta la primera etapa de su vida, escribe:



“No fui estudioso en los años de mi niñez, la cual pasé correteando por los potreros de la sabana en Bogotá. Trece años contaba ya cuando entré al colegio de San Ignacio de Medellín, donde estudié los tres años de bachillerato, y donde empezó a despertarse en mí el sentido de responsabilidad ante la vida. Todas las materias que estudié me fueron fáciles; pero mi espíritu se inclinaba más a la acción que a la especulación. El ejemplo de mis maestros influyó en mis resoluciones, mostrándome cómo puede emplearse la vida en una noble empresa apostólica”.

Fue así como el padre Félix decidió hacerse jesuita. La rígida e integral disciplina ignaciana encontró en él a su personaje ideal. En quien con maleabilidad sin igual se plasmaron todas las virtudes, todas las características, que requiere el seguidor de Ignacio.

En cumplimiento de la etapa que inicia a los sacerdotes de la compañía, estudia humanidades en España, provincia de Burgos. Allí se encuentra por vez primera en lo que sería la más apasionante aventura de su vida: la lingüística. Y es en compañía de un talentoso condiscípulo, el padre Eusebio Hernández, con quien inicia el culto de la lengua castellana, sus fuentes, sus características, sus orígenes. Fruto de esta obsesión científica, da a luz el libro *Llave del griego*. Son más de tres mil palabras castellanas, las que descubre como derivadas del griego; hallazgo sorprendente y labor gigantesca que seguramente ningún otro hubiérase atrevido a emprender.

\* \* \*

Pasa luego a Holanda, donde numerosos jesuitas alemanes, desterrados de la patria, tenían un centro filosófico, segunda etapa de sus estudios.

“Allí, dice, aprendí los métodos científicos de aquel gran pueblo alemán que se habían ya impuesto en la república de los sabios”.

Produce, con tales métodos, otra de sus obras cumbres: *El alma de las palabras, Diseño de semántica general*. Corrían por entonces los días del año 1911. Contaba el brillante filólogo, la edad de veinticuatro años y las dos obras mencionadas hubiesen bastado para colocarlo en medio de los doctores de la lengua castellana a tan temprana edad. Escribe el padre Félix, en un ligero ensayo autobiográfico: “de entonces, y sin más fundamento que las dos obras de que he hablado, data mi fama de filólogo, pues en este terreno solo he vuelto a escribir modestos libros de texto”.

Corresponde a todos los jesuitas, luego de sus estudios intensivos de humanidades y filosofía, la práctica de la enseñanza. Retorna, pues, el consagrado lingüista a la patria y le corresponde practicar el magisterio en el colegio San Pedro Claver de Bucaramanga.

Son cinco años en los que, afirma, “fuí sucesivamente profesor de castellano, francés, aritmética, geografía, historia patria, latín, física y hasta de agricultura; fui prefecto de internos y director de deportes. Yo fui el primero en enseñar a jugar el fútbol en Bucaramanga y tracé el primer campo para este deporte en el llano de Don Andrés. Pero me sobró tiempo para fundar, en compañía de los padres Joaquín Emilio Gómez y Enrique Torres, la revista *Horizonte*. Y añade:



“Así salió a flote mi vocación de periodista, que no me ha abandonado en toda la vida”.

Esta increíble multiplicidad de frentes a que hubo de dedicarse por razón de la enseñanza, le dio su orientación universalista y polifacética. De aquella época le encontramos estudios tan disímiles como *La avena en la alimentación humana*; *Equipo de una lechería moderna*; *La Eucaristía y la Edad Media*; *La guerra al alcohol en Alemania*; *La prensa escolar*; *Curso compendiado de historia natural*; *Cartilla agraria colombiana*; *Campeonato de fútbol*; *Por el honor de Bucaramanga*, etc.

\* \* \*

Las obras escritas durante su anterior permanencia en Europa, *El alma de las palabras* y *La llave del griego*, fueron conocidas por don Marco Fidel Suárez y por Antonio Gómez Restrepo. En reconocimiento a la labor tan fantástica y valiosa para la lingüística hispana, sorprendieron al jesuita, enclaustrado en las aulas de San Pedro Claver de Bucaramanga, con la honrosa designación de miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

Desde entonces su estrecha vinculación con aquel altar en donde se rinde culto a la lengua castellana más intensamente que en parte alguna del planeta.

\* \* \*

Retorna, en cumplimiento de una cuarta etapa de los estudios jesuitas, la teología, a Europa. Corría el año de 1916. Su edad plena, veintinueve años, aunada a la experiencia pedagógica, a sus intensos estudios humanísticos y filosóficos anteriores, lo colocaban en el momento de mayor fecundidad.

Es así como bien pronto el jesuita procedente de allende los mares se constituye en personaje de relevancia continental.

“Por entonces, escribe, no me atraía tanto la pedagogía que podemos llamar individual o arte para educar, para perfeccionar los individuos, sino más bien su aspecto social, como ciencia para transformar sociedades”.

De entonces datan numerosos tratados suyos sobre la educación. En ciencias educativas se le manda a especializarse en Alemania, Francia e Inglaterra, cuyas principales universidades y colegios visita. En la Universidad de Munich (Alemania) recibe el doctorado en pedagogía, con tesis escrita en el idioma alemán y que le mereció un segundo premio en concurso abierto de la misma universidad.

Sus superiores, en atención a méritos tan relevantes, le nombran director de la importante publicación hispana, *Razón y fe*. Desde ella defendió en memorables artículos de estilo polémico y ágil, la libertad de enseñanza en España. Obra importante de tales días es su *Historia y crítica del bachillerato en España*. A tal punto llegó la tenaz campaña del jesuita en contra del monopolio estatal en la educación, que el jefe del Estado peninsular, general Primo de Rivera le nombra consejero real de



instrucción pública. Era ya la cumbre de su consagración como educador, y como hombre. No es fácil que todo un ejecutivo del gobierno, en cualquier país europeo, llame a posición tal a un americano, por ilustre que este sea. Félix Restrepo, alcanzó tal honor con sobrado mérito.

Aun cuando solo fuera por unos cuantos meses. Pues por tales fechas nuestro gobierno se empeñaba en una reforma integral de la educación y para el efecto había contratado a una misión alemana. Aprovechó entonces la coyuntura de que en Europa estuvieran colombianos con tales merecimientos en el campo de la pedagogía y fue enviado con la misión de educadores arios.

\* \* \*

Fue por esta época cuando produjo otra de sus obras sobre reforma educativa, resultado de las conclusiones de la misión y expresadas en una serie de artículos. Llamola *Glosas al proyecto de reforma instrucionista* y, dice él: “contribuí de varias maneras a que el proyecto se amoldara a nuestras tradiciones y costumbres”. Pasado el proyecto de reforma educacional a que hacemos referencia al congreso nacional, sucedió lo que siempre: un parlamento discutidor, empeñado en polémicas de tipo político, desconocedor de cuanto pueda significar un real progreso nacional, archivó su monumental obra, que estará cubierta de varias capas de polvo desde aquel entonces. Y así es como nos hemos visto durante muchos lustros, improvisando en materia de educación, cada ministro haciendo su propia reforma, los alumnos como pobres conejos de laboratorio, en los experimentos de cuantos ineptos políticos llegan a la cartera de la educación.

Poco después el padre Félix comienza a trabajar en lo que llamará “La máxima realización de mi vida”: la *Universidad Javeriana*. Desde el segundo año de existencia de la nueva universidad, estuvo como decano de su única facultad, la de derecho y economía. Nueve años permanece en tal posición y otros nueve como rector de la universidad. Que cada día sería más próspera. Casi por año se creaban nuevas facultades, nuevos departamentos. Las sucesivas generaciones egresadas de allí constituyen una clase auténticamente dirigente. Enumerar la copiosa cantidad de científicos, hombres de estado, políticos, educadores, escritores, historiadores que ha producido aquel templo de la cultura desde el año treinta, fecha de su iniciación, resulta ímproba tarea. Mas su esplendor que cada día es mayor, se debió en gran parte a la actividad incansable y tenaz del jesuíta.

En 1934 funda la *Revista Javeriana*, “volviendo así a incurrir en el oficio de periodista, que lo obliga a uno a leer de todo y a escribir de todo con más profusión que perfección y profundidad”. Esta revista es hoy cifra importante de las publicaciones católicas de alta intelectualidad.

\* \* \*

Anticlerical furibundo, pero conocedor de los hombres de su temple, Jorge Eliécer Gaitán, hacia 1940 ministro de educación, creó el Ateneo



Nacional de Altos Estudios, encargando al padre Félix la tarea de continuar el *Diccionario de construcción y régimen* que dejara inconcluso don Rufino José Cuervo. Nació así, prácticamente, lo que hoy es Instituto Caro y Cuervo, institución dedicada a la investigación y estudio del idioma.

Nuevamente es interrumpida la labor del jesuíta. La gran culpable es su capacidad extraordinaria para el trabajo y brillantes iniciativas. Su labor en la Universidad Javeriana le había dado merecido prestigio en el exterior. Es así como desde México se le llama con el fin de organizar la Universidad Ibero-Americana, en 1951. Cumplida con éxito tamaña misión, retorna al país.

Entre tanto ha recibido numerosas condecoraciones, se le ha hecho miembro de las más afamadas academias hispanas, se ha asociado a las más importantes instituciones culturales.

Mencionar el número de estas distinciones haría interminable tan breve crónica de su vida ejemplarizante.

Aun hoy, con avanzada edad, cercana a los ochenta años, venía trabajando en múltiples frentes. Siempre, como advertimos al comienzo, combinando sabiamente la dualidad de hombre de acción y de empresa con la del científico e intelectual.

Muestra de este paralelismo, son dos obras póstumas suyas: la construcción del hermoso edificio donde funciona la Academia Colombiana de la Lengua y, en el campo de investigación, un texto interesante de sus preferencias idiomáticas: *Evolución semántica en el castellano de Gonzalo Jiménez de Quesada*. Este fue el último de por lo menos setecientos escritos de vasta erudición, fina inteligencia e inusitada variedad.

Poco antes de la obrilla mencionada, escribió algo que ha sido llamado como su testamento espiritual: *Entre el tiempo y la eternidad*. Es la síntesis de sus profundas reflexiones filosóficas, junto con la cultura humanística más completa y con el complemento de un sutil y magno pensamiento filosófico.

Hasta aquí un recuerdo esquemático de su vida y obra. El que habríamos de completar con el estudio más a fondo de sus libros, artículos y ensayos.

Una compilación afortunada de sus obras, sería homenaje imperecedero. Nada mejor para él, en la eternidad, que saber cómo su labor va a servir a las generaciones futuras.

Su obsesión fue la de que la lengua castellana, hablada por ciento cuarenta millones de seres esparcidos en todo el mundo, conservase su unidad. A ello, bien contribuiría una profunda difusión de sus obras idiomáticas.